

49B145
+19.6.2000

Comunidad Salesiana
«El Encinar»
MOHERNANDO (Guadalajara)



D. Faustino García Martínez
Salesiano Coadjutor

Por segunda vez el Señor ha llamado a nuestra puerta este curso y ha entregado carta de obediencia a nuestro querido don Faustino García Martínez para cambiarlo de la comunidad de Mohernando a la de los bienaventurados en el cielo. Hace poco más de medio año hizo otro tanto con don Juan Aranda: dos santos salesianos coadjutores, modelos de vida religiosa y salesiana.

Era la mañana del 19 de junio, lunes. Faltaban diez minutos para el comienzo de la meditación y nos extrañó ver la silla de ruedas vacía, esperándole a la puerta de su habitación para llevarle a la capilla.

Entramos a darle los buenos días y le encontramos sentado en el sillón, con una respiración un tanto jadeante y fatigosa. Se apresuró a decirnos *No puedo ir a meditación, traedme la comunión después de la Misa. y llevadme a Urgencias*. Y nos contó cómo durante la noche, al intentar levantarse, se mareó y se cayó al suelo, rompiendo en su caída una de las dos cachabas con las que caminaba últimamente. Nos siguió diciendo que el director, que tiene su habitación al lado, al oír la caída, acudió de inmediato, lo levantó y le volvió a acostar, pero, que en la cama se sentía ahogar.

Comulgó en su cuarto como tantas otras veces a lo largo de estos últimos años, sin especiales síntomas de gravedad, desayunó muy poquito y cuando al poco rato vino el salesiano con las llaves del coche para llevarle a urgencias, al querer levantarlo, vio cómo su cabeza se hundía en el pecho y expiraba.

Se le administró la Santa Unción “sub conditione”, llegó rápidamente una unidad sanitaria con una médica y tres auxiliares, que sólo pudieron certificar su muerte.

La capilla ardiente se instaló en el recibidor de entrada, velando la comunidad su cadáver todo el día.

Por la tarde llegaron de León sus dos hermanas Victorina y Felicitas, poco más jóvenes que él, con varios sobrinos y familiares, que estuvieron constantemente a su lado.

Exequias

Al día siguiente, martes y 20 de junio, tuvo lugar el entierro en el panteón que la comunidad tiene a pocos metros de la casa.

Antes, a las 10'30, tuvo lugar la Eucaristía, presidida por el padre Inspector, don Jesús Guerra, a quien asistían el Director de la comunidad y don Honorio Rodríguez, director anterior quien tantos cuidados le prodigó durante su directorado. Concelebraron más de setenta sacerdotes de la Inspectoría y un buen número de salesianos coadjutores testimoniaron con su presencia el afecto que le profesaban. Familiares, amigos y vecinos de Mohernando nos acompañaron en estos momentos de oración. La iglesia estaba a rebosar.

Una hermosa corona de flores y varios ramos de rosas abrazaban al féretro como expresión de cariño y de recuerdo de los hermanos de la comunidad y del personal auxiliar de la casa.

El canto y las partes variables de la Santa Misa corrieron por cuenta de la comunidad.

Don Jesús Guerra pronunció la homilía, afirmando muy vivamente que el misterio de la muerte para el salesiano es la alegría de nuestra esperanza y que don Faustino ha sido un verdadero regalo para todas las comunidades por las que pasó.

Acabada la misa exequial, se llevó el féretro a hombros de los salesianos hasta el panteón, en donde quedó depositado a la izquierda, en el 6º nicho, haciendo el número 33 de los salesianos fallecidos en esta casa.

Antes de separarnos del querido don Faustino, el director de la comunidad don Atanasio, mostrando en sus manos la cachaba tronchada al caerse sobre ella la noche anterior, resaltó cómo apuró hasta el fin sus ansias de vivir y cómo, rompiendo sus andaderas renqueantes de la vida, se nos fue volando a las alturas. Cachaba hecha astillas que depositó junto al féretro.

Con el **Rendidos a tus plantas** nos despedimos de don Faustino, dejándole en las manos de María Auxiliadora.

Algunas fechas de su vida

Don Faustino García Martínez nació en Espina de Tremor, pueblecito de León, el 17 enero de 1922. Sus padres, Florentino y Flora, labradores cristianos y pudientes, tuvieron seis hijos, de los que el mayor fue Faustino. Sus estudios hasta ir a los salesianos fueron tan sólo los de la escuela rural. En familia vivió hasta los 22 años, ocupándose en las labores del campo y de la ganadería. En estos años ya fue descollando por sus habilidades manuales y por sus cualidades para la música. Empezó a tocar la dulzaina, sin que nadie le enseñase, con la que alegraba a las gentes del lugar y luego se iba a tocar en las fiestas de los pueblos vecinos, ganando sus perillas.

A los 19 años fue a trabajar como jornalero a las minas de antracita de Torre del Bierzo (León), volviendo únicamente a casa los domingos, asistiendo con sus padres siempre a la santa Misa.

Ya con sus 22 años, en 1944, acertó a pasar por su pueblo un salesiano, Don Antonio García Aguado, reclutador por entonces de las vocaciones, que le habló de los salesianos y del aspirantado de Astudillo (Palencia). El hecho es que ese mismo año, ya mozo hecho y derecho, le vemos como aspirante en Santander, en Astudillo al año siguiente, y los otros dos en Atocha y en san Fernando, colegio ya entonces en colaboración con la Diputación de Madrid.

¡No pequeña prueba debieron suponer estos cuatro años de aspirantado, ya con sus 26 años a cuestas!

Por fin inicia en Mohernando su noviciado el 15 de agosto de 1948 con don José Arce de Padre Maestro. Profesa al año siguiente el 16 de agosto.

Noviciado de aquellos que hicieron época por su número y su perseverancia. Comenzaron 51 clérigos y 9 coadjutores.

Documentos curiosos

No suele ser tan frecuente traer a colación en estas semblanzas de salesianos difuntos vivencias del noviciado. Pero de don Faustino quiero evocar dos recuerdos curiosos:

1°.- Su libreta de Noviciado. Se conserva en buen estado. Formato pequeño, escrita a mano, con esmerada letra, con pulcritud, hasta con mimo, toda con el mismo interés y cuidado, desde el comienzo hasta el final, destacando los títulos de cada tema con letra gótica y en rojo.

Un grafólogo deduciría de ella sabrosas e interesantes consecuencias y muy positivas.

El lema de su noviciado escrito al principio de su libreta en rojo y en latín dice: *Bonum Oboedientiae Semper Cum Oratione* (letras mayúsculas iniciales que forman la palabra B.O.S.C.O. que perpetúan el nombre del curso) y que él entendería como ser salesiano obediente y piadoso, cual otro Don Bosco.

Todo el contenido de la libreta, del principio hasta el final, no tiene desperdicio. Nada de ñoño ni vulgar. Refleja a sus 27 años, venido de una ascesis simplemente parroquial y rural, un espíritu adulto, selecto y espiritual capaz de captar y asimilar los valores de la consagración y de la vida salesiana.

Entresaco tres secuencias del contenido de la libreta: una del principio del noviciado, otra del medio y la tercera del final.

La primera dice: *Mi ideal: ¡Almas, trabajo! -¿Puede haber alguna cosa más sublime y más hermosa que las almas, acá abajo?*

Hacia la mitad del noviciado enumera quince actos virtuosos, que él llama mortificaciones, para conseguir la perfección; pues el número 13 dice: *“Como buen salesiano: No debes rehusar nunca ningún sacrificio siempre que algún hermano te pida algo y especialmente si te lo piden tus superiores”*.

Y al final, los 5 coadjutores, la víspera de profesar, hicieron tres promesas. Pues la tercera dice: *“Prometemos llevar siempre optimismo salesiano, amor a lo salesiano, sobre todo el ideal del Coadjutor Salesiano”*. Mohernando 16-VIII-1949.

Cuantos le hemos conocido podríamos certificar que ha sido consecuente hasta el final con lo que se propuso en el noviciado.

Y, como dato último e interesante de esta libreta, resaltaría el que en sus últimas cuatro páginas –tamaño de media cuartilla– aparecen las firmas auténticas de los 49 novicios que profesaron con él.

2º.- *Su testamento.* En una cuartilla ordinaria, ya amarilleada por el tiempo, sin protocolos, deja escrito en letra de máquina su testamento- como entonces se estilaba- que dice: *Yo, FAUSTINO GARCÍA MARTÍNEZ, en vísperas de emitir mis votos ... dispongo, por el momento, que la administración de mis bienes continúe en la persona de mi padre FLORENCIO GARCÍA GARCÍA, como hasta el presente. Mohernando 15 de agosto de 1949.* No deja de ser un recuerdo curioso.

Después del Noviciado

El trienio o posnoviciado lo pasa en la misma casa de Mohernando, ocupándose en tareas de la finca, teniendo a su lado como formador al señor Aizpuru, de feliz recordación, salesiano coadjutor de gran ejemplaridad.

Terminado el trienio hace su profesión perpetua también en Mohernando el año 1952 y luego es destinado a Madrid al colegio de san Fernando, en donde pasa diez años como conductor y proveedor de la cocina de dicha institución que llegó a contar hasta 900 internos.

Del 1962 al 1966 estuvo 4 años en Puertollano (Ciudad Real) de conductor y proveedor de la casa y animador en los talleres de la Escuela profesional. Sus antiguos alumnos de entonces le recuerdan de recia complexión, de fuerza hercúlea y como entrenador con ilusión del equipo de fútbol del colegio que llegó a conseguir grandes triunfos en la ciudad.

Del 1966 al 1968, dos años de ecónomo local en el Aspirantado del Bonal.

Del 1968 al 1970, volvió otros dos años a Mohernando a cuidar de la finca. Después de estos dos años de Mohernando fue destinado a Carabanchel, donde permaneció 24 años seguidos. Fueron sus años dorados, estaba en plena forma. Los años primeros coincidieron con la construcción del nuevo Aspirantado de Coadjutores, que llegó a tener hasta 130 aspirantes. Se veía feliz trabajando entre ellos. Era un gran formador, enseñándoles con el ejemplo y la palabra a qué debían aspirar si querían seguir a Don Bosco.

Aquí, codo a codo con don Antonio Valenciano, bien demostró su valía, su gran capacidad de trabajo, de iniciativa y de ingeniosidad para domar y adaptar toda clase de materiales de construcción y hacerlos servir para la obra del Aspirantado: hierro, acero, aluminio, plástico; cemento... Allí sí que se realizó plenamente, prodigándose en toda suerte de trabajos de fragua, mecá-

nica, cerrajería y hasta de carpintería y albañilería; pero en soldadura, siempre con matrícula de honor.

Estos años también coincidieron con la crisis vocacional y vio con pena la transformación vocacional del Aspirantado. Vio cómo a medida que corrían los años, se iban admitiendo poco a poco alumnos externos en los talleres profesionales del Aspirantado y como, al fin, se convirtió en Escuela profesional para externos, que admitía, -hasta con retenciones- a los aspirantes que residían en el pabellón casi vacío del Internado.

Años de grandes cambios en el Aspirantado de coadjutores y no menos en la salud de don Faustino.

En Carabanchel, los últimos años, comenzó a fallarle el corazón y disminuirle las fuerzas, por lo que fue destinado a esta casa de Mohernando, para alejarle de trabajos duros y cuidar de su salud.

Sus seis últimos años en Mohernando

Aquí ha permanecido la última etapa de su vida.

Y, al llegar, lo primero que hizo fue montarse su tallercito en la parte de la granja y cuando ya le costaba subir y bajar, montarse otro en su habitación.

Y aunque era enemigo de médicos, no tuvo más remedio que ir a la médica de Mohernando y al Hospital de la Seguridad Social de Guadalajara en donde se le diagnosticó una bronquitis crónica que él jocosamente atribuía al trabajo de la mina; una artritis progresiva que le obligó a valerse para caminar de dos bastones, una insuficiencia coronaria, que al final sólo una cuarta parte del corazón le funcionaba y otra insuficiencia renal profunda que le obligó a ir, durante los últimos cuatro años, a la diálisis en días alternos.

A pesar de todo ello, se mantenía fuerte, trabajador y optimista sin dar importancia a sus achaques.

Celebró sus Bodas de Oro de profesión en Mohernando el 11 de octubre de 1999 con sus compañeros de noviciado, 13 en total, 11 sacerdotes y dos coadjutores, él y don Vicente del Bosque. Gozó mucho al verse entre tantos compañeros, a muchos de los cuales hacía años que no veía. Sus compañeros se desvivieron por él.

Pues hasta en sus últimos meses se industrió para ser útil, estar ocupado y trabajar a gusto en una labor llevadera que podía hacer sentado. Pues la comunidad le compró una máquina troqueladora de mesa, de fácil manejo. Vino a traérsela el salesiano don Benito Basarte de Sant Vicens dels Horts, que le enseñó a manejarla. Con él aprendió a hacer chapas, insignias, pins, escarapelas, imanes, emblemas con motivos salesianos, del Año jubilar, de la Granja Escuela y su mascota, la “burra Griselda”. Dado su talento y su maña le salían a perfec-

ción. Se sentía feliz cuando le decíamos que se vendían fácilmente entre los alumnos de la Granja Escuela y entre jóvenes y mayores que venían a las convivencias. ¡Lástima que en esa labor tan solo pudo trabajar pocas semanas.

Con todo, aunque ni se quejaba ni daba señales de agotamiento, él se daba cuenta de su gravedad. Pues cuando vino don Antonio Miranda a obsequiarle con la silla de ruedas nuevita y traérsela personalmente desde Madrid, le dijo:

No crean los médicos que me engañan. Estoy para poco.

Me dicen los doctores que me dan dos y medio años a lo más de vida, pero creo que son pocos los días que me quedan.

Tengo pensado ir a despedirme de mis hermanas y sobrinos a mi tierra leonesa. Pero no hubo lugar.

Aún le alargó el Señor la vida para poder celebrar, esta vez a nivel inspectorial, sus 50 años de profesión el 13 de mayo en la recién estrenada Iglesia del Paseo de Extremadura. Y él, que no salía de Mohernando más que para ir a médicos, allá se fue ilusionado, repartiendo sonrisas y agasajado por todos los salesianos de la Inspectoría, muchos de los cuales o no le conocían o hacia mucho tiempo que no le habían visto.

Y aunque aparentaba estar animoso y valiente y no se daba por vencido, ni se le veía impaciente, sin embargo pudieron con él sus dolencias. A poco más de un mes de esta celebración, el Señor le llevó a descansar en su paz el 19 junio del 2000.

Algunos perfiles de su vida

Dentro de una vida sencilla y normal, sin espectacularidad, nos ha dejado facetas relevantes que son exponente de su personalidad y su buen hacer. Hizo sencillamente lo que tenía que hacer, pero bien. Se dio de lleno a la vida que profesó, sin vacaciones ni componendas. Bien lo dicen sus 78 años de edad y 50 de vida salesiana.

Y a la hora de la verdad, como dice el Poema de Fernán González,

“No cuentan de Alexandre (Alejandro Magno)

las noches e los días .

si non los buenos feitos

e las cabal-lerías.

Así es y lo seguirá siendo. No es el número de años lo que cuenta en la vida sino lo que en ellos se emprende y se lleva a cabo.

Y don Faustino, aunque entró en la congregación ya espigadito, aún tuvo medio siglo para realizarse y darse a los demás.

Es una pena que su vida y la de tantos salesianos las despachemos con unas simples evocaciones y recuerdos a su fallecimiento. Menos mal que Dios, que ve en lo escondido, las tendrá en cuenta.

Piadoso

La tónica de su vida fue sin duda el trabajo, pero bien acompañado de una piedad convencida, viril, no aparatosa, bien sentida, comunitaria y práctica. Piedad que enmarcaba todo el quehacer de la jornada. Le podíamos considerar como un contemplativo en la acción.

Rezaba y cantaba en buena voz, con entusiasmo.

Seguía la recitación de los salmos y los cantos de la Liturgia, con actitud viva y fervorosa, interviniendo a veces para marcar un ritmo comunitario más pausado y atento.

Diez minutos antes de la meditación ya estaba él solo preparándose para la oración. Siempre puntual; nunca solía llegar tarde.

Rezaba por su cuenta el rosario en la iglesia.

Confesaba en todos los retiros sin hacer acepción de confesores.

La visita al Smo. después de comer no la omitía por nada.

Preveía el tiempo de oración y de actos comunitarios para ir siempre aseado.

En su porte daba la sensación de que la piedad era lo fundamental de cada día.

Se le veía con la medalla de María Auxiliadora al cuello, ennegrecida sí, como la cadena o el cordón, pero no le fallaba.

Trabajador y responsable

Pienso que al llegar al cielo lo primero que habrá pedido a San Pedro es que le deje un local para montar un taller de mecánica a su gusto.

El trabajo de don Faustino fue siempre un trabajo manual y de artesanía. Le ocupó toda su vida, en él se le vio feliz y nunca añoró ni otros estudios. ni otros oficios. Sólo quiso rendir lo más posible dentro de sus cualidades y saberes.

Antes de entrar en la Congregación a sus 27 años no tuvo más estudios que la escuela rural. Pero ni los echó de menos ni los pretendió. Su talento natural, su tesón y sobre todo, su amor a la vocación hicieron lo demás. Autodidacta, creativo, tesonero, con espíritu de iniciativa, aprovechando siempre el tiempo, pudo realizar muchos y valiosos trabajos en servicio de la comunidad en la que le tocó residir, ocupado en labores de mucho sacrificio, mejorando instalaciones y ahorrando así mucho dinero.

En sus primeros años, plétórico de vida, de fuerzas y energía, de optimis-

mo y buena voluntad, cuantos le conocieron confirman su actividad incansable, siempre servicial y trabajador. Hacía y callaba, con una sonrisa franca y amena conversación...

Dentro de sus talentos y aficiones se esforzaba por valer lo más posible como lo demostró sacando el carnet de conductor de primera.

Avanzando los años, al dejar de andar cambiando de casa, estuvo 24 años seguidos en Carabanchel, coincidiendo los primeros en la construcción del Nuevo Aspirantado de Coadjutores y los segundos en su conservación.

Durante estos años salieron de sus manos callosas, ásperas y duras: ventanas, puertas, pupitres, bancos, mesas, reparación de maquinaria, pavimentos, y no sólo para el Aspirantado sino para muchas casas de la Inspección. Y aún le quedaba tiempo para sus aficiones personales que aprovechó para distraerse y alegrar a los demás.

En Carabanchel se montó una “*bodeguilla*” en la que elaboraba y manipulaba los cestos de uvas que le regalaban los padres de los aspirantes.

¡No gozaba él poco cuando podía obsequiar a la comunidad con una botella de vino, aguardiente, hasta coñac, todo elaborado por él!

Tenía su tallercito de hacer *dulzainas* que fue perfeccionando con ayuda del Sr. Cesáreo Martín de El Royo (Soria) que le venía a visitar de vez en cuando y compartía con él el arte de hacer dulzainas.

Construyó *capillas domiciliarias de María Auxiliadora* de aluminio y de madera, que vendía a la Archicofradía.

Torneaba madera con verdadera maestría haciendo copas, cálices, vajijas, piezas ornamentales de altares, bolillos para hacer encajes las señoras. Gozaba obsequiando con ellos a comunidades, médicos, enfermeras, familiares y amistades.

Dentro de sus cualidades y aficiones hasta yo añadiría su cuidado esmerado por los perros que había en los colegios donde él estaba. El los amaestraba, los atendía, los mimaba, estaba pendiente de ellos, de modo que transmitía la seguridad de que la casa quedaba bien guardada.

En lo que más gozaba era en hacer favores, complacer, ayudar y todo con buen temple y buen humor.

Aunque reinaba en sus talleres un “bello desorden”, él bien sabía donde quedaba cada herramienta y cuando la precisaba.

Lo único por lo que no pasaba era el que se la prestase a uno y que no se la devolviese a tiempo o que se la llevasen o cambiasen de sitio sin él saberlo.

Como formador de aspirantes coadjutores, él los catalogaba por la responsabilidad y por el interés que ponían en el trabajo

Sus últimos 6 años, del 1994 al 1999 los vino a pasar a Mohernando para cuidar de su salud y estar más descansado. Pero él se las industrió para montarse su taller como en sus buenos tiempos en una dependencia de la casa y otro en su misma habitación para no tener que desplazarse y bajar y subir cuestras.

Así estuvo siempre ocupado hasta el último momento.

Sufrido y austero

Sufrido. Así como en sus años mozos tuvo una salud de roble, pletórico de fuerza y energías, al llegar, en cambio, a sus últimos 20 años fue convirtiéndose poco a poco en un varón de dolores.

Insuficiencia cardíaca, asma, bronquitis, caderas inoperables, riñones totalmente perdidos, largas temporadas en cama, le iban minando la vida. Con todo, él ni dejaba de trabajar ni dejaba de seguir llevando regularmente la vida de comunidad. Todo ello suponía un régimen muy sobrio y limitado de comidas y bebidas que – por cierto- le costaba aceptar.

Le operaron -con ciertas reservas- de una rodilla hace tres años. Después de la operación los médicos quedaron extrañados de su pronta recuperación, pero sobre todo de su temple duro y sufrido sin una queja y siempre bromeando.

Todo lo aguantaba con tal de no hacer sufrir y ni dar importancia a sus males.

Austero: Fuera del taller que montó en su habitación, de un gran stock de medicinas y otro con su herbolario casero y personal, en el que tenía más fe que en la medicina convencional, de algunos libros de devoción y de diez dulzainas, algunas sin acabar, pocas cosas más y sin importancia nos dejó en herencia el bueno de don Faustino. Se dio a sí mismo.

Se resistía a pedir, se apañaba con lo que tenía y, según él, nunca necesitaba nada.

Alegre y simpático

De carácter optimista y campechano. Pronto entraba en conversación con toda categoría de personas, ganándose enseguida a la gente. Siempre sonriente; hasta su bigotillo contribuía a hacer su cara más simpática.

Con quienes más se relacionó estos últimos años, aparte de la comunidad, fue con médicos y enfermeras y compañeros de enfermedad. Siempre tenía para ellos un detalle de sus habilidades.

Le gustaba hacer comunidad, jugando al dominó en los recreos después de las comidas. ¡Lástima que no era tan fácil encontrar otros tres compañeros!

Pero él, por su cuenta, cuando encontraba algún rato perdido y veía que podía alegrar el ambiente, cogía la dulzaina y se ponía a tocar.

Otros testimonios

Consignamos algunas aportaciones de hermanos que enriquecen la figura de nuestro querido don Faustino.

1º. Dice el salesiano coadjutor Francisco Pintor, también leonés como él, recordando sus años de formación en el colegio de San Fernando con don Faustino de formador: *“Se sentía a gusto siendo salesiano. Recuerdo muy bien su preocupación por nuestras personas, los consejos particulares que nos daba sobre nuestra vocación y su buen ejemplo. Es un hombre que ha influido en mi vida mucho y para bien.*

Hombre de cualidades innatas musicales: Tocaba la gaita, el clarinete, la dulzaina, el tamboril y la “chifla”.

2º. Don Vicente del Bosque dice de él:

De don Faustino, mi compañero de noviciado, sólo puedo decir cosas buenas, pues aparte de ser un buen y gran compañero, para mí era un buen religioso y santo salesiano, en las virtudes propias de un santo salesiano coadjutor, piadoso, humilde, sencillo, trabajador nato, servicial, atento con todos, en fin, todo lo bueno que se diga de él es poco. Creo que al llegar a la puerta del cielo le preguntaría a san Pedro ¿Hay algo que arreglar por aquí?

3º. Don Honorio Rodríguez, director suyo estos últimos años le ve así:

Sabía ser agradecido con todos y le gustaba tener detalles con las personas que le atendían, de modo especial en los últimos años con tantas enfermedades.

Muchas noches pasé con él en el hospital y me era incluso agradable estar con él por su conversación y por el ejemplo de resignación y aceptación de sus enfermedades.

Solía tener detalles con los médicos y enfermeras que le atendían. Les preparaba unos frasquitos con perfumes que él hacía con la yerbas del campo.

En el taller, en el torno, hacía verdaderas joyas de arte gozaba cuando con ilusión les hacía estos regalos.

Le gustaba la compañía de la radio, pues tenía inquietud por conocer, saber y enterarse.

Hombre trabajador, tenaz y orgulloso de sus quehaceres. Autodidacta con gran intuición en sus trabajos, con gran sentido común y muy equilibrado.

Hombre profundamente religioso, firme y fiel, de piedad clásicamente salesiana.

No se dispensaba de los actos de comunidad por ningún motivo, a pesar de sus achaques y era el primero en estar presente en ellos.

Aunque no anduvo por los foros salesianos de renombre era conocido, querido y estimado por todos. Aunque de formación tradicional y clásica salesiana, aceptaba con gusto cuanto nuevo se le ofrecía sobre todo, si venía de la Iglesia o de la congregación, fácil en relacionarse con el mundo contemporáneo.

4º. Don Antonio Valenciano, ingeniero industrial, hace de él una semblanza muy valiosa, ya que pasó con él muchos años en varias comunidades y estuvieron siempre muy compenetrados tanto en la técnica como en la vida salesiana. Dice:

Le considero entre la docena de personas a las que más admiro.

Cuando le destinaron a Carabanchel en 1970, se me ocurrió pensar que siendo él y yo tan diferentes en cuanto a formación, nos costaría entendernos. No fue así, pues si con alguien he congeniado totalmente ha sido con él, excepto como compañero de dominó.

En su vida religiosa era un fidelísimo cumplidor de todos sus deberes religiosos y practicas de piedad, sin alharacas ni escrúpulos.

Se sentía salesiano hasta los tuétanos. Cuando se hizo el Congreso mundial acerca del salesiano coadjutor y se enteró de que el tema era “La identidad del salesiano coadjutor” desistió de participar, pues decía: Hace un siglo que existimos y ahora resulta que no sabemos quienes somos”.

Extraordinariamente servicial. De primeras parecía un poco “gruñón” cuando se le pedía un favor. “claro -decía- todo lo tiene que hacer Faustino y estoy cargado de trabajo y no tengo tiempo” y cuando menos lo esperabas venía a decirte: “A ver si te llevas eso que me está estorbando en el taller”.

Se llevaba bien con todo el mundo. Lo único que no aguantaba es ver a su lado un vago. Hombre sencillo y transparente, sin doblad ni engaño

En Carabanchel fue muchos años del Consejo de la casa por elección de los hermanos de la comunidad. En sus intervenciones ponía siempre sensatez, practicidad y sentido común.

Tenía una extraordinaria inteligencia natural que le hacía resolver los problemas de manera eficaz y segura. No tenía estudios técnicos, como él decía “a mí nadie me ha enseñado nada”, pero lo parecía por sus conocimientos. Fue un autodidacta en cerrajería, soldadura, electricidad, mecánica del automóvil, compresores de aire.

En toda la Inspección ahorró muchísimo dinero haciendo obras que encargadas a una empresa hubieran costado muchísimo más. Obras de sus

manos hay en la Central Catequística Salesiana, en Guadalajara (bancos de la iglesia y gran parte de la vallas), Salamanca, Mohernando (mesas, sillas y las verjas del patio de los mártires, reparaciones de la maquinaria agrícola, etc, Arévalo (ventanales), Puertollano, Carabanchel (mesas, sillas, pupitres, mesas de dibujo, ventanales de la iglesia, estructuras de la obra, etc.) y Fuenlabrada (bancos de la iglesia).

Antes de ser salesiano trabajó en unas minas de carbón en León. Entró como peón en la mina, pero, luego, cuando había un trabajo delicado y se necesitaba seguridad le encomendaban a él el cometido. Por ello, alguna vez pidió aumento de sueldo y le contestaron que sí se lo merecía, pero que no podían dárselo para no dejar mal al oficial. Entones contestó: "Pues bien, eso que yo hago que lo haga el oficial". Al día siguiente le habían subido el sueldo, pues en la mina nadie había con más responsabilidad que él.

Y termino estos recuerdos fraternos con las palabras del padre Inspector en su homilía: Don Faustino fue siempre un hombre cabal, bueno, transparente, sencillo, coherente, trabajador incansable hasta el último momento.

Que Dios le tenga ya en su gloria. Que haya experimentado ese cambio tan beneficioso que desea para él don Juan Antonio Romo: Fatiga y trabajo por reposo; sufrimiento y enfermedad por alegría y vida.

Que su vocación sea semilla de otras muchas de su mismo temple.

Sigamos recordándole ante el Señor.

Mohernando 15 de agosto del 2000

*Atanasio Serrano
Director*

DATOS PARA EL NECROLOGIO:

FAUSTINO GARCÍA MARTÍNEZ. Salesiano Coadjutor.

Nació en Espina de Tremor (León) el 17 enero 1922.

Falleció en Mohernando (Guadalajara) el 19 de junio del 2000, a los 78 años de edad y 50 de profesión.

+ 19-06-2000

793145